



EDICION DE LUJO.

Dos reales

AL RECIBIR EL NÚMERO.

DIRECTORA,
LA BARONESA DE WILSON

EDITORES PROPIETARIOS,
J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

EDICION ECONOMICA.

Un real

AL RECIBIR EL NÚMERO.

Año II.

Madrid 29 de Enero de 1872

Núm 4.º

SUMARIO.

Advertencia.—Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—La flor del Angel, por la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—Meditacion, por Antonia Diaz de Lamarque.—Los cuentos de salon, por Hinnova.—El Libro del corazon, por don Ramon Ortega y Frias.—Charada, por doña Catalina Rando de B.—Explicacion de los grabados.—La custodia de la catedral de Lugó.—Cantares populares, por P. de L. de M. y G.

ADVERTENCIA.

Se ha presentado la poseedora del billete núm. 9.457, que era el número agraciado con el reloj, regalo que ofrecemos á nuestras suscriptoras en el mes anterior. El regalo perteneciente al trimestre de Enero, Febrero y Marzo, cuyo billete remitiremos á su debido tiempo, es un corte de vestido negro de gró, de Paris, de 25 varas.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

Ciertamente mis amables lectoras, preciso es confesar que Madrid está animadísimo, y que nuestras elegantes damas, rivalizan en los salones por su buen gusto, riqueza y hermosura. La mujer española posee la gracia especial para

vestirse: ese *no se qué* que carece de estudio, que es natural y que se adapta á el traje más modesto de indiana ó lanilla, ó bien al suntuoso de terciopelo ó blondas, brillando en las diferentes esferas de la sociedad, tanto por su donaire, cuanto por sus virtudes.

En los bailes de los señores condes de Heredia Spinola, en aquellos elegantes salones, no solo reinan la franqueza y la más encantadora cordialidad, sino que la belleza y el lujo brillan en toda su esplendidez.

Sabemos que se prepara un baile de trajes, en uno de los palacios más bellos de nuestra aristocracia, y que los disfraces, varios de ellos, son en extremo caprichosos; pero como aun es casi un secreto, y seria indiscreto levantar el velo del misterio, prorogaremos hasta nuestro próximo número la descripcion de ellos.

Ocupémonos de algunos bellísimos vestidos de baile, pues en los de calle no hay por ahora cambio alguno, y de los modelos nuevos, con frecuencia los ven nuestras lectoras en EL ULTIMO FIGURIN.

Cambiando los delanteros de los vestidos y algun adorno, puede fácilmente una señora inteligente presentarse con variedad de trajes y sin excesivo gasto.

Los modelos *princesa*, que forman primera falda y corpiño-túnica, es lo más cómodo para sufrir esas trasformaciones.

Por ejemplo, una falda de raso negro, azul ó morado, rasante y cubierta con una túnica de terciopelo, bordeada con encaje y con larguísima cola, formará un traje elegantísimo: esta túnica abierta por delante deja ver un delantal; pero unido por los lados al terciopelo, lo cual hace muy buen efecto, y cuyo adorno se varía con frecuencia: este modelo puede hacerse con falda de seda y túnica de lo mismo, solo en dos

puntos de color; la manga de terciopelo con bullones de raso en las aberturas.

Para señorita muy joven, describiremos un modelo tan original como nuevo.

Falda de faya blanca, con una túnica muy corta formando puff, con conchas de *valenciennes* y lazos de seda blanca cortados al bies.

El corpiño es alto por detrás y adornado con un rizado picado y un encaje que baja por el pecho y guarnece el escote cuadrado: las mangas eran cortas, con anchos encajes y lazos en los hombros. Los cabellos peinados muy altos con castaña ondulada, y á un lado capullos de rosa y margaritas.

Cuan elegante y bonito es un traje destinado á la joven esposa del marqués de A...

La falda es de faya color rosa pálido, con volante ancho y tres encañonados de crespon de China, separados por bieses y otro volante de aplicación de Inglaterra, el que forma de distancia en distancia cascadas de encaje, con transparente de raso rosa: la túnica es de encaje, recogida bastante alta de los costados, y levantada por detrás con dos bandas de encaje y racimos de acacia rosa. Corpiño escotado con cuatro puntas: berta de encaje de Inglaterra con hombrera de acacia formando herretes: las mismas flores adornaban el peinado Luis XIV, complemento de traje tan caprichoso.

Si alguna de mis bellas lectoras tiene volantes de encaje negros ó blancos, puede unirlos por medio de bullones de tul, y rizados de esto mismo para hacer túnica, y son de bellísimo efecto, añadiendo un corpiño con berta María-Antonieta, cuyas puntas se anudan por detrás, utilizando para este traje una falda azul ó verde, ó blanca ó gris, con lo que se tendrá un vestido en extremo elegante.

Las chaquetitas formando chaleco por delante y postillon por detrás, están muy en voga, y son graciosas, sobre todo para las personas de talle delgado.

Una polonesa de paño negro ó marron con bordes de astracan negro es el verdadero traje para invierno, pues sobre una falda negra ó de color, de lana ó de seda, va perfectamente: el manguito se hará, en ese caso, de paño igual, con bordes de astracan ó de pieles.

Las faldas bordadas con sutache continúan estando en voga, así como los flecos con cordon grueso para túnicas, y los adornos de pasamanería.

Hemos visto una mantilla-capucha bastante linda: es de encaje negro con dos largas puntas, que se cruzan por delante, una por encima del hombro, en donde se sujeta un lazo de raso, y la otra al costado.

El traje era de poplin con cinturon escocés, con largas caídas.

II.

La pililla para agua bendita, cuyo grabado presentamos en este número, es un lindísimo adorno para el oratorio ó alcoba de una señorita: precioso modelo de la Edad Media, y facilísimo para ejecutarse.

Su altura es de 27 centímetros, y el ancho 16.

Sobre cañamazo se traza el modelo y se cubre con entre-tela de seda grana, y sobre ese fondo se colocan las aplicaciones de piel de Rusia, ó bien otra más inferior, y se fijan con seda oscura: el cañamazo se tiende sobre un carton forrado de percalina.

Se rodea el todo con un borde muy delgado de cobre dorado, ó un marco de madera tallada, lo que le presta un relieve artístico y bello.

Las tiras de tapicería, bordadas con colores fuertes, siempre continúan en voga para *portieres*, sillas y banquetas de piano: una sola en el centro, bordada sobre fondo verde ó blanco, y con las bandas de los lados con terciopelo ó reps.

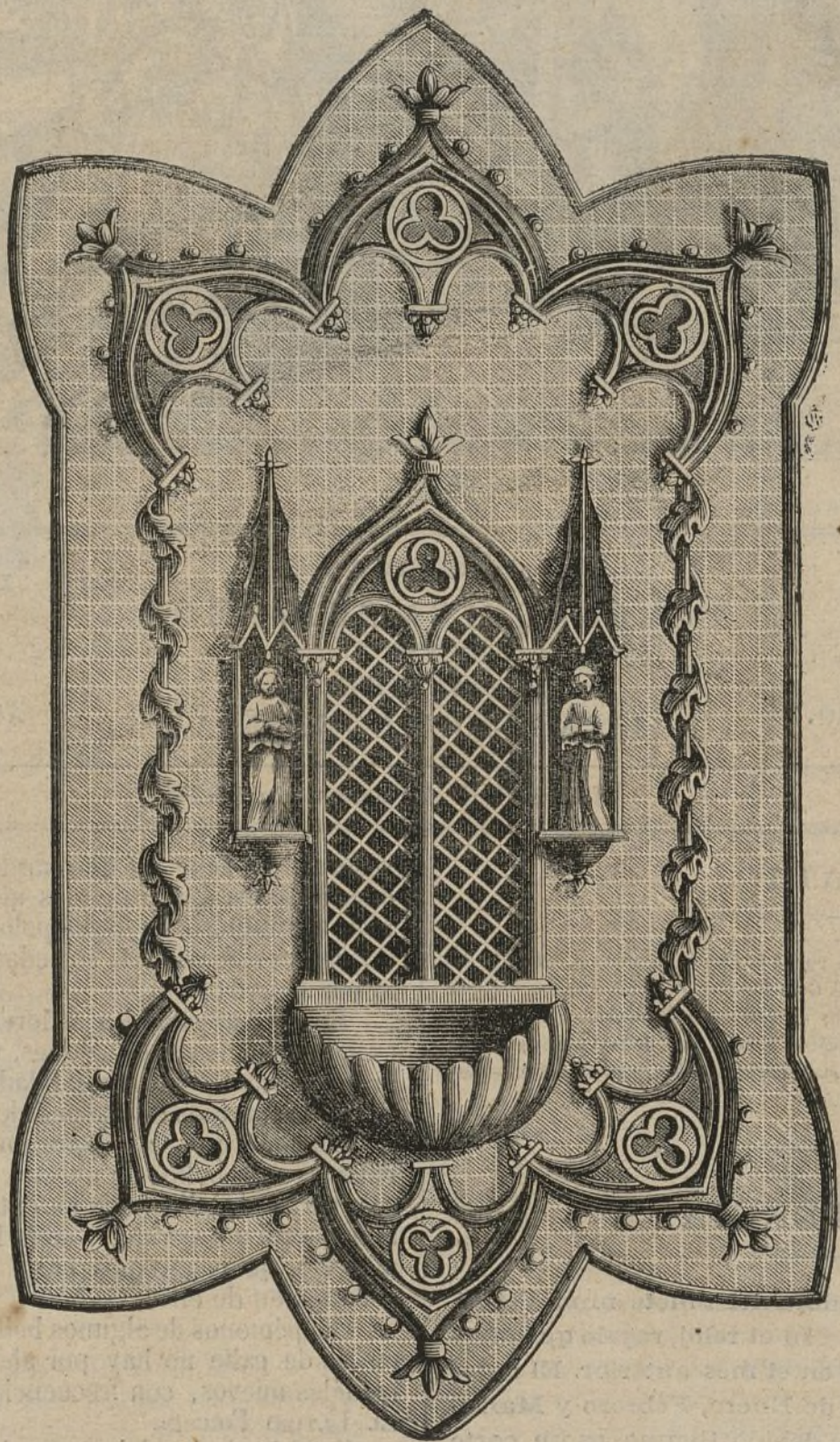
Los muebles de madera tallada imitando á los antiguos, son hoy distinguidísimos y se ven preciosos modelos, sobre todo aparadores, mesas y sillas de comedor.

De nuevo, y siempre guiadas por el deseo de ser útiles, aconsejamos el uso de la *pomada imperial*, de madame Eloisa, que no sólo tiñe instantáneamente, sino que tiene cualidades especiales para conservar el cabello, siendo además sano y eficaz.

El *Agua del Serrallo* es higiénica para el rostro, y presta una frescura admirable.

No olvidaremos tampoco recomendar la *cold-cream* inglesa, que conserva y suaviza el cutis, una de las principales bellezas de la mujer.

LA B. DE WILSON.



LA FLOR DEL ÁNGEL

(TRADICION VASCONGADA)

POR LA SEÑORA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

(Continuacion).

I.

Y la abeja volvió tambien á libarla en aquel dia y al otro, y al otro...

Y cada vez que la jóven iba á la orilla del rio para pensar en su amante, iba tambien la abeja á posarse en la florecilla, aunque ya mustia y marchita, como si quisiera con su constancia responder de la del ausente, que tenia su nombre y se habia con ella comparado.

Otras muchas flores se fueron abriendo sucesivamente; pero sólo las de aquel arbusto, el más humilde acaso de aquel

campo, tenían atractivo para aquel insecto leal; sólo en ellas le veía Rosa posarse cada mañana, susurrando y batiendo las alas de placer.

Aquella circunstancia rara llegó á ser para la jóven motivo de superstición. Imaginóse que los ángeles custodios, invocados por ella y por su amante, como testigos de sus promesas y protectores de su inocente amor, hacían venir

Grabado núm. 2.



milagrosamente al fiel insectillo para calmar con su perseverancia las incurables inquietudes de un corazón desconfiado.

Bien lo había menester la pobre Rosa, pues pasaron días, y después semanas, y después meses, sin que llegase á ella la menor noticia del viajero. En balde iba cada vez que divisaba una vela desde la altura de los montes. En balde es-

peraba en la playa horas enteras, y apenas anclado el barco se deslizaba entre los marineros, interrogándoles uno á uno sobre lo único que le interesaba en el mundo.

Nadie respondía á su esperanza, nadie sabía nada de Félix Erliá, y la triste Rosa se volvía al caserío cabizbaja, con el pecho rebotando recelos; pero corría junto al arbusto, cu-

yas últimas flores pronto barrería el cierzo, y la abeja acudía también presurosa para consolarla, mostrando su fidelidad inmutable.

II.

Llegó el invierno, y con él el luto de los campos. Rosa, taciturna y abatida pasaba los días y las noches hilando bajo el techo de su casa, y rezando á su ángel para que le conservase la ternura de Félix; pero á pesar de todo, los temores de su alma iban creciendo en progresión terrible, no alcanzando á salir de esta cruel alternativa: *ha muerto ó ha cesado de amarme*. Contribuía bastante á tan tristes cavilaciones el no poder ya contemplar á la constante abeja en su amada florecilla. ¡Ah! no quedaban flores en aquellos campos, vestidos solamente por la escarcha, y el insecto guardaba su retiro ó había perecido con los seres que amaba.

Lloraba Rosa al pensar en ello, y lloraba, y lloraba tanto, que casi llegó á marchitarse su peregrina hermosura.

Pero se acercó al fin la primavera con sus tibios días, sus balsámicas auras, y reanimada Rosa, corrió palpitante de temor y de esperanza al sitio consagrado por sus recuerdos.

¡Oh dulce espectáculo! La planta había retoñado, renovando sus flores, y la abeja, saliéndole al encuentro de entre ellas, pareció reconvenirle con sus susurros por las injustas sospechas que abrigaba.

¡Que no se burle nadie de las tiernas puerilidades de las almas amantes! Rosa sintió como por encanto calmarse en un momento sus más crueles temores, y pronto volvieron á colorarse sus mejillas y á anidarse en su corazón las esperanzas. No pasó ya ni un solo día sin que tornase cada mañana junto al arbusto querido, y tampoco la abeja faltó un solo día del modesto cáliz de su flor.

Aquel era el único consuelo de la pobre niña, porque sus repetidas excursiones á Deva continuaban siendo sin resultado.

Vino á habitar por entonces uno de los mejores caseríos de aquellas montañas, cierto antiguo piloto, cansado ya de la agitada vida de marinero, y que se proponía pasar tranquilamente el resto de sus días en la tierra de su nacimiento con el capitalillo que había logrado reunir. Llamábase Anton Ondarra, y era hombre entrado en años, pero agradable todavía por su carácter franco y bondadoso. Conoció á Rosa, y pensó desde luego que era la mujer que le convenía para compañera de su nueva existencia. Ninguna la igualaba en hermosura, en modestia y en religiosa fe. Ondarra lo comprendió así desde la primera ojeada, y pidió sin más preliminares la mano de la doncella.

Fuerte tentación era esta para el codicioso padre, pues el pretendiente podía reputarse uno de los mejores partidos de la comarca; pero fiel, sin embargo, á su palabra, le manifestó terminantemente que no podía disponer de su hija hasta el 1.º de Marzo del año próximo.

Anton Ondarra se resignó á esperar, y como no tardase en saber los sentimientos de Rosa, dedicóse á probarle, en vez de la apasionada impaciencia del amante, la apacible ternura del amigo.

—He creído,—la dijo un día con su noble franqueza de marino,—que podía haceros dichosa dándoos mi corazón, mi nombre y mi fortuna; pero si todo lo que queréis admitir de mí es la amistad de un hermano, os la ofrezco también á presencia de Dios, tan desinteresadamente cuanto es posible á un hombre. Disponed de ella, segura de que no habrá sacrificio que no haga con gusto por contribuir á vuestras alegrías ó dulcificar al menos vuestras penas.

Rosa no podía ser desagradecida á conducta tan noble y generosa. Aceptó lo que se le ofrecía, y Anton fué pronto su único confidente y su respetado consejero. La pobre estaba siempre tan triste, tan sola, tan sin arrimo (pues no tenía ya madre, su padre era más honrado que afectuoso), que el fraternal cariño del piloto llegó á serle indispensable en las crecientes amarguras de su situación.

(Se continuará.)

MEDITACION.

Señor, á tí levántase mi mente,
A tí, que eres mi guía:
¿Adónde hallar de amor más pura fuente
pudiera el alma mía?

Bajo la sombra de su níveo velo,
La fé mi pecho inflama,
Y bálsamo suave de consuelo,
Benigna en él derrama.

Mi espíritu arrebatada de la tierra
Y en célicas regiones,
Bajo su aliento mágico destierra
Mundanas aficciones.

Por ella, ¡oh Dios! tu sello soberano
Do quier impreso veo,
Y al bendecir las obras de tu mano
En tus promesas creo.

Que el que formó con poderoso acento
Los orbes de la nada,
No vano pudo hacer el sentimiento
Del alma desterrada.

Y este anhelar que nuestra mente agita
En perenal desvelo,
Es de la eternidad la voz que grita:
«Tu morada es el cielo.»

Soberano Hacedor, tu fé descienda,
Y en santo desvarío,
En sus alas á tí fervido ascienda
El pensamiento mío.

Antonia Diaz de Lamarque.

LOS CUENTOS DE SALON.

Con este título está publicando nuestro querido amigo y colaborador, D. Teodoro Guerrero, una serie de tomos, cuya idea altamente moralizadora nos hace recomendarlos, en este siglo descreído y falto de ese amor á la familia, que constituía en otras épocas la verdadera dicha, que sólo se encuentra en el hogar doméstico y al lado de una esposa querida y de otros lazos, que forman una cadena dulcísima, y cuyos eslabones sólo la muerte puede romper.

Sublime es el pensamiento del Sr. Guerrero, y casi diremos atrevido, en esta época de positivismo.

Nuestro amigo es el verdadero argonauta del siglo XIX, y esperamos que el público, que ya ha podido apreciar el mérito de la obra y el decir sencillo, fácil y encantador de su autor, comprenderá y ayudará al buen éxito de la empresa.

El Sr. Guerrero, cuyo nombre es tan popular en nuestra isla de Cuba, se está conquistando en España un lauro más justo y debido para su corona de escritor moralizador, y cuyas ideas serán para las madres de familia una verdadera joya, una cristalina fuente en donde sus hijos puedan ver reflejar todo lo más bello, puro y noble que encierra el corazón humano.

Hinnova.

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

De sus ojos no podemos hablar, porque les cubría con unas gafas de cristales verdes.

A través de estos debía verlo todo con un tinte sombrío.



Jules David

LES MAN S.

Boissard

1020

EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11.—MADRID

4-72

y tal vez esta circunstancia contribuía mucho á que algo de sombrío, hubiese también en la expresión de su semblante.

Parecía dotado de uno de esos espíritus fuertes que ante nada se doblegan, uno de esos hombres que cuando adoptan una resolución, cuando se proponen llegar á un fin, por nada ni ante nada retroceden.

Al ver á Enrique, abrió los brazos y lo estrechó cariñosamente contra su pecho.

El joven hizo grandes esfuerzos para dominarse y poder cumplir los estrechos deberes que le imponía su educación.

—Caballero,—dijo,—me felicito por verlo á usted hoy; pero al mismo tiempo deploro...

—Así me convenía,—interrumpió vivamente el personaje, á quien no sabemos si llamar misterioso.—Ahora me es imposible entrar en cierta clase de explicaciones; pero sí debo decir que tengo motivos para no presentarme á mi fa-

Grabado núm. 3.



milia hasta mañana, y le agradeceré á usted que guarde el secreto de mi llegada á Madrid.

—Mi primer deber es respetar y servir al que no solamente fué amigo, sino bienhechor de mi padre.

—No hablemos de eso.

—Nadie sabrá que se encuentra usted en Madrid.

—Gracias.

—De esta casa puede usted disponer...

—Dispondré,—dijo con ruda franqueza el caballero,—aunque me duele haber llegado cuando usted necesita quizá todo el tiempo para reflexionar sobre su situación.

Puede comprenderse el efecto que estas palabras producirían en Enrique. No acertó éste á replicar, y fijó una mirada de extrañeza en el amigo de su padre.

—Tenga usted presente que en esta casa no soy un desconocido, no soy un cualquiera.

—No lo olvido.

—Mejor que usted, sabe su criado á qué atenerse conmigo, y por consiguiente, no es extraño que me haya dado á conocer la situación.

Enrique empezó á comprender: el anciano sirviente habia cometido una indiscrecion, hablando más de lo que debia, y aunque esto reconocia por causa la más noble intencion, resultaba siempre haber cometido una ligereza.

Mostrar disgusto hubiera sido inspirar desconfianza y hasta ofender al hombre que era acreedor al respeto más profundo y á toda clase de consideraciones.

El hombre de las gafas verdes prosiguió diciendo:

—Esta es la vez primera que nos vemos; pero en cuanto á su criado de usted, no sucede lo mismo, porque me conocia mucho antes de que yo partiese para América, y sabe á que atenerse con respecto á mí.

—Apruebo su conducta; pero me parece que debe haber exajerado, pues de otro modo, no daría usted tanta importancia á lo que pueda tener de desagradable mi situación.

—Importancia!... Ninguna le he dado á la situación de usted.

—Entonces...

—Creo que nos entenderemos fácilmente.

—Y á mí me parece que ya nos hemos entendido,—repuso Enrique, esforzándose para sonreír, y cumpliendo así los deberes de la cortesía.

—Está usted enamorado.

—Lo estuve.

—¡Oh!... Eso no es exacto.

—¿Quién puede saberlo mejor que yo?

—La juventud se entrega fácilmente á ilusiones. La criatura, en ciertos momentos de la vida, se esfuerza para engañarse, y esto precisamente le sucede á usted ahora.

—Por mi desgracia, no es así.

—Repito que está usted enamorado, que el objeto de su amor es la hija de doña Magdalena de Sandoval y...

—Perdone usted, señor Gonzalez...

—¡Bah!...

—Le aseguro á usted...

—¿Quiere usted escucharme?—interrumpió bruscamente el caballero.

—Con el mayor gusto.

—Está usted celoso.

Las mejillas de Enrique enrojecieron como si fueran á brotar la sangre.

—¿Se ruboriza usted?... No hay motivo, porque los celos son una torpeza; pero no un crimen.

—Caballero,—replicó el jóven sin poder contenerse,—puesto que con tanta exactitud le han dado á usted noticias sobre mi situación...

—No; pero lo que no me han dicho lo adivino, y lo que yo no adivine me lo dirá usted clara y terminantemente. Soy un verdadero amigo, hablo de buena fé, y usted tiene la obligacion de darme á conocer hasta el último de sus secretos.

El tono de autoridad con que el señor Gonzalez hablaba, dejó aturdido á Enrique.

¿Con qué derecho aquel hombre de buenas á primeras se mezclaba en tan graves asuntos de la vida íntima?

Sin embargo, nuestro jóven no podia rebelarse contra semejante abuso, porque hubiera dado ocasion á que le acusase de ingrato.

Tal vez la fortuna de que disfrutaba la debia á los favores que á su padre le habia hecho el señor Gonzalez, y por consiguiente, le era forzoso someterse y callar.

—Nada oculto, caballero,—dijo.

—Veo que mi franqueza empieza á desagradarle á usted; pero repito que nos entenderemos perfectamente. No siempre puede hacerse un beneficio sin mortificar á la persona beneficiada, y esto precisamente es lo que sucede ahora. Está usted celoso, ¿y por qué?

—He creído que no me amaban como yo amo, que el corazón de la mujer á quien adoro, no era completamente mío.

—¿Y tiene usted la seguridad de que no le engañan las

apariencias? Sepa usted que la criatura se encuentra muchas veces en situaciones que la obligan á hacer lo que más le desagrada, y no siempre pueden darse explicaciones sobre nuestra conducta. Siempre ha sido usted feliz, y como no experimentaba ninguna contrariedad, se las ha buscado usted mismo. Esto es lógico, es natural: la criatura no puede vivir sin las contrariedades, sin la lucha, y cuando todo nos sonríe, sin darnos cuenta de lo que hacemos, instintivamente, cansados de sonrisas y tranquilidad, buscamos las borrascas, el llanto, los sufrimientos. Esta es la vida.

—Pero desgraciadamente mis sospechas...

—Se han convertido en realidades, ¿no es verdad?

—Sí,—respondió Enrique con reconcentrada voz.

Y otra vez se contrajo violentamente su rostro, cubriéndolo de palidez nerviosa.

El señor Gonzalez hizo un gesto de indiferencia.

Ya no tenia el jóven para qué disimular.

Su mirada se tornó sombría.

—¡Oh!—exclamó, mientras apretaba los puños con fuerza convulsiva.—He sido engañado villanamente y he representado el más ridículo papel, porque la verdad es mucho más horrible de lo que yo habia imaginado. Creí que María no me amaba tanto como yo; pero hay más, mucho más.

—¿Ha olvidado sus deberes?

—Sí,—dijo resueltamente Enrique.

—Puse, entonces,—repuso con su calma glacial el señor Gonzalez,—entonces es desgraciada dos veces.

—Ciertamente, porque á la desgracia de su liviandad, hay que añadir la de que ya no será mi esposa.

—No me habia ocurrido pensar en eso, y por consiguiente, en vez de dos, son tres las desgracias...

—Caballero...

—Repentinamente pasa María de una posición desahogada á la miseria.

—¡A la miseria!...

—Está arruinada, se ha perdido hasta el último maravedí de la fortuna que le dejó su padre, y antes de ocho días no contará para vivir con otros recursos que con los de su trabajo.

Estas palabras produjeron en Enrique el efecto que hubiera producido una bomba reventada á sus pies.

—Eso me han dicho,—añadió el señor Gonzalez,—y supongo que no mienten.

—Pero...

—Ayer recibí la noticia, y por razones que ahora no son del caso, he sufrido más de lo que usted sufre.

—No comprendo...

—Entro en España con mal pié, como suele decirse; pero afortunadamente, las desgracias me han enseñado á dominarme.

—Cada vez entiendo menos.

—¿Y qué le importa á usted?

—Las desgracias de mis amigos...

—Sepamos qué clase de pruebas tiene usted para lanzar tan terribles acusaciones sobre esa criatura infeliz.

—Hay un hombre que entra en su casa, sin más títulos que los de la amistad.

—¿Y es amante de María?

—Sí.

—¿Lo ha dicho ella?

—Lo niega.

—Entonces, ¿cómo lo sabe usted?

—La he visto abrazar á ese hombre, y además...

—Sí, sí, comprendo.

—Y ella, llevando el cinismo hasta el último grado...

—Habrá tenido valor para hablar de su virtud, de su pureza...

—No se equivoca usted.

—Para ser tan jóven y habiendo recibido una buena educación, me parece demasiado.

—¡Oh!... Las mujeres...

—Son casi siempre víctimas de los hombres; pero ahora sucede todo lo contrario. Es lástima.

—Caballero, mi honor exige una reparación.

—Si usted no se satisface con las explicaciones de María...

—Ninguna explicación da.

—¿Es joven su rival de usted?
—Sí.
—¿Es rico?
—Nadie ha podido averiguar con qué medios cuenta para vivir.

—¿Y su conducta?
—Hay que reconocer que es intachable; pero esto no significa más sino que tiene talento y habilidad para fingir, y ha sabido engañar al mundo. A mí me engañó también; pero Dios ha querido protegerme, y he arrancado la máscara con que se cubría.

—¿Y qué papel representa en todo eso la madre de María?

—Dispensa á mi rival toda clase de atenciones, y nada más.

—¿Lo trata con mucha confianza?

—Con demasiada, caballero, y el mundo podría creer que el joven es el amante de Magdalena; pero esto quizá lo hace para que no se fije la atención en su hija.

—Es bien extraña la situación.

—Es muy horrible.

—¿Y no puede haber tras de todo eso algún misterio que usted no ha intentado penetrar?

—Sí, el misterio de los amores impuros de María.

—Algo más, algo más.

—¿Y qué más puede haber?

—Lo ignoro; pero ello es que esos amores, aunque los haya, no me explican bastante todo lo demás. ¿No ha sido Magdalena virtuosa?

—Sí.

—¿No ha educado escrupulosamente á su hija?

—Es preciso reconocerlo así.

—Pues una mujer como esa no se extravía en un momento, y hasta el punto de hacerse cómplice de su hija, porque cómplice es preciso que sea si sucede lo que usted ha visto.

—Lo que yo he visto,—replicó arrebatadamente Enrique,—es que mi rival estrechaba contra su pecho á María, que ambos suspiraban tiernamente y que cruzaban las palabras y demostraciones más cariñosas. Esto me ofende, y no mi amor, sino mi dignidad, exigen la reparación. Odio á ese hombre, y es imposible que ambos estemos á la vez en el mundo.

Y al decir esto Enrique, púsose en pié, y con los ojos chispeantes, empezó á pasearse por la habitación.

El señor Gonzalez se encogió de hombros.

—Viendo estoy,—dijo,—que va usted á pedirme que le

sirva de testigo en ese lance, y como soy su mejor amigo, no puedo negarme á complacerle.

—Sí, caballero, se lo suplico á usted.

—Debemos principiar por pedir explicaciones al seductor.

—¿Y para qué?

—Si las da...

—No lo espero...

—Lo habremos intentado, y nuestra conciencia quedará tranquila.

—En vez de explicar su conducta, me dirige acusaciones porque he cometido el abuso de espiar para saber á qué atenerme.

—No le falta razón.

—El resultado justifica mi proceder. Si María fuese inocente, me consideraría obligado á pedirle perdón de rodillas.

—Y también á ese joven, puesto que la ofensa es para los dos.

—Pero no son inocentes.

—De todas maneras, hay de por medio una provocación.

—Y yo no puedo ni quiero retroceder.

—Me parece que el otro no retrocederá fácilmente:

—Es un miserable; pero...

—¿Cree usted que le faltará el valor?

—Eso no.

El señor Gonzalez, como si nada de particular sucediese, sacó el reloj, y dijo:

—La una, y según tengo entendido, usted no se ha desayunado.

—Ni quiero.

—Yo me encuentro lo mismo.

—Almorzará usted inmediatamente.

—Almorzaremos.

(Se continuará).

Grabado núm. 1.



CHARADA.

Es mi primera una flor,
Régia, lozana y hermosa,
Afelpada, primorosa,
Y de brillante color.

Reptil de lejanas tierras,
Mi segunda á tertia unida,
Es raza desconocida
De Europa, en sus altas sierras
Siendo ciudad renombrada,
Mi todo, en otra nación,
Y por la misma razón,
De nosotros visitada.

Catalina Rando de B.

EXPLICACION DEL FIGURIN SUELTO.

1.º Traje de poplin, color marron claro, adornado con terciopelo negro y pasamanería.—La falda está guarnecida desde el costado, con dos volantes fruncidos; polonesa abotonada, cuadrada; corpiño-chaleco Luis XV por delante, y con postillon por detrás; solapas en el chaleco. Pelerina muy corta de los hombros, y mangas adornadas con terciopelo y guarnicion; sombrero de terciopelo azul con rizado de terciopelo y pluma á un lado.

2.º Vestido de faya morado.—La falda con un ancho volante y cabecilla ondeada, cogida con un biés y dos más altas; corpiño con aldetas cuadradas; abrigo de cachemir negro ondeado, ricamente bordado y con un lujoso fleco; broches de pasamanería, y borlas en la pelerina; sombrero de terciopelo negro con guirnalda de flores, color violeta, con caída.

Botitas de satin francés.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

Pila para agua bendita.

Esta preciosa pililla es de tan buen efecto como de buen gusto.

Su altura es de 27 centímetros, y el ancho 16. (Véase la revista de labores.)

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Vestido de tafetan gris perla, formando delantal por delante y túnica con dobles aldetas largas, adornadas con un encañonado y terciopelo; corpiño con escote cuadrado, con aldetas guarnecidas como la túnica; *bachelich* de cachemir blanco, bordado al pasado; fleco, borlas y pasamanería.

Zapatos de seda gris perla.

2.º Vestido de raso granate.—Falda lisa; corpiño con aldetas largas; chaleco por delante y puff por detrás, con aldetas á los lados ricamente bordadas, y orlado con un buen encaje y biés de raso; manga corta; toquilla de encaje con cocas y lazos de raso granate.

Botitas de raso granate.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.º Peinado Adelina.—Los cabellos están levantados por los lados, y caen en tirabuzones sobre la frente; castaña con gruesos retorcidos enlazados, y tirabuzones semi-ondulados; lazo de terciopelo.

2.º Peinado para baile.—Dos largas trenzas forman la castaña; tirabuzones á los lados, y ricitos sobre la frente.

3.º Peinado Hortensia.—Con dos bandas se forma un 8 en la cima del peinado, de donde se escapa una cascada de tirabuzones; lazo de cinta.

4.º Peinado para baile.—Lazo de cabellos, ricitos, castaña de trenzas y tirabuzones; una rosa té y plumas completan el adorno.

5.º Guirnalda de rosas con caída de follaje y cinta de terciopelo.

6.º Peinado Luis XV.—Tirabuzones sobre la frente, y bandos enlazados; castaña formando tres cocas, y un lazo en el centro. Tirabuzones semi-ondulados formando cascada.

LA CUSTODIA DE LA CATEDRAL DE LUGO.

Grabado número 4.

Es tan esbelto, tan artístico el delicado trabajo de esta preciosa custodia, que nos ha parecido digna de llamar la atencion de nuestras lectoras.

La fé, triunfando de la herejía, es el pensamiento cristiano que encierra, bellissimo en la forma y en el fondo. La fé en actitud de humillar á las figuras que representan las herejías, es una estatua que revela la mayor dulzura, y está colocada sobre un pié de forma contorneada, con filetes dorados sobre un fondo blanco, y sobrepuestos cincelados, notándose en la parte anterior un escudo de oro con esmalte ginebrino.

Sobre ese pié se eleva la base general: el todo es de estilo plateresco, y el cáliz tiene una forma tan esbelta como elegante: con una orla de dimantes empieza el pié: otros diamantes más gruesos forman la base, alternando con varias esmeraldas, y sobre ella se levanta la copa, con filetes dorados y fondo blanco.

Encima se eleva la gran ráfaga con mil doscientos cincuenta topacios, en la cual una nube blanca circunda el viril y contraviril, formado este último de una elegante greca de adornos, con quinientos veinticuatro brillantes y veinte esmeraldas.

Por último, sobre la ráfaga, y como saliendo de la nube, se ve una calada y trasparente cruz de oro cincelado y con profusion de brillantes, esmeraldas y diamantes.

CANTARES POPULARES.

—Madre, ya en tu regazo,
Ha muerto el niño.
—¿Cómo quereis que muera
Siendo mi hijo?
Yo aun estoy viva
Y si él hubiera muerto
No viviria.

—Los niños cuando nacen,
Nacen llorando,
Y lloran porque el cielo
Abandonaron;
Que aún á su edad,
Se sabe que en el mundo
Todo es maldad.

—Yo tengo un hijo jóven,
Más ya formado,
Que aunque no caiga en quinta
Será soldado;
Porque quisiera
Que él, como yo en un tiempo,
Fuera á la guerra.

—Dicen que no me quieres
Porque soy pobre;
Niña, nada en el mundo
Hay que más honre.
Del ricachon,
Cuántos dicen á gritos:
«¡Es un ladron!»

P. de L. de M. y G.

Bilbao.

MADRID: 1872.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.